

La cabeza de Shirley cuelga torcida al salirse de la estrecha cama. Postura incómoda. Sin embargo, sus adormiladas facciones están animadas con una sonrisa. Shirley tiene sueños agradables... Pasa bailando y flotando sobre una superficie de espejos, que refleja mil veces su imagen. Se ve como siempre ha deseado: bella, radiante, con un vestido prodigiosamente vaporoso, adornada con piedras preciosas que irradian destellos polícromos. Pasa flotando del brazo de un joven, que atento baja con ella por una amplia escalera de reluciente mármol. Flores alumbran su paso. Abajo les espera un automóvil..., el mayor que ha visto en su vida. ¡Y las maletas están apiladas en la trasera del vehículo! Tienen las formas más curiosas y todas son de colores. Shirley lo sabe en sueños: están repletas de cosas bonitas, y todas le pertenecen a ella, sólo a ella. Sabe que en aquel monstruo de automóvil recorrerá el mundo entero.

Shirley siente... alguien tiene su cabeza cogida entre las manos y murmura suavemente su nombre. Sonríe. La aman...

La cabeza de Shirley se apoya otra vez en la almohada. Su nombre repercute ahora más claramente en sus oídos.

—Shirley, a ver si te levantas; vas a llegar tarde.

Le gustaría seguir soñando, no quiere oír nada del mundo exterior, pero por todas partes la sacuden los ruidos..., y tiene que abrir los ojos. Lo primero que ve es una recia manaza, que se ha posado caliente y un tanto áspera sobre su brazo; una mano con muchas venas abultadas y con la piel corroída por la lejía. Aquella mano le acaricia suavemente el brazo. Al final, tiene que abrir los ojos, y ve la ancha y tranquila cara de su madre.

Celestina lleva una bata de rayas azules y blancas, que revela cuál es su ocupación en el hotel: es fregona. Para despabilar a Shirley, vuelve a decirle a media voz:

—¡Vamos! ¡A ver si te caes de la cama, holgazana!

Aquella es casi siempre la primera escena que ve Shirley al despertar: su madre, sentada junto a ella, y tratando de sacarla de la cama.

Pero ella quisiera seguir soñando y no ver aquel cuarto. ¡Qué bien lo conoce y cuánto lo detesta!

Lo primero que ve es el asta de la bandera en el saledizo horizontal del tejado. Cuando hace viento fuerte, el asta chirría, y Shirley experimenta entonces una sensación como si el aposento fuese la barquilla de un dirigible que volase entre los rascacielos y estos parecen hallarse muy cerca. Algunos de los edificios son como imponentes montañas; otros —torres blancas y estrechas— se yerguen por el aire como avasalladores bloques de hielo.

El cuarto está muy luminoso, pues se halla en la planta más alta del Hotel América. La sección del personal se encuentra en un rincón apartado de la buhardilla; lejos del pomposo jardín de la terraza.

Los ojos de Shirley apartan la vista de los rascacielos. Muy cerca de la ventana descubre a la vieja Nanny, la fregona de más edad del hotel. También a esta escena está acostumbrada. Siempre, al despertar, ve a Nanny sentada ahí, erguida, con la espalda rígida como tallada en madera, en una madera muy dura, de color castaño oscuro. Sostiene una taza en la mano y moja, de vez en cuando, lentamente, un trozo de pan en el té. Ya a las cuatro de la mañana Nanny se prepara su té, y se queda allí sentada, con el puchero en la mano esperando que la señal del timbre la llame al trabajo. Entonces es cuando despierta realmente. Nanny es fregona desde hace ya cincuenta años, pero todavía puede seguir trabajando; como una máquina frota y restriega, retuerce y cepilla. Después del trabajo, su cuerpo vuelve a convertirse en madera, se sienta inmóvil y se queda mirando a los rascacielos.

La mirada de Shirley se posa en Patrizia. Todas las mañanas presenta el mismo aspecto su compañera de habitación. Se la ve arrodillada, murmurando oraciones delante de su cómoda, sobre la que tiene estampas de santos y una fotografía del Papa. Shirley ve sus enormes pies, dentro de los zapatos desgastados y torcidos, y el pequeño moño, algo ladeado, que se asienta sobre su cabeza. Y cada mañana llegan a sus oídos los mismos ronquidos, desde la cama donde Bessie, la camarera del turno de noche, desborda satisfecha la plenitud de su cuerpo, al haberse liberado de la jornada de trabajo y de un viejo corsé de ballenas.

Celestina quisiera volver a recordar a Shirley que ya es hora de levantarse, pero no se atreve.

¡Con cuánta frialdad y odio divagan los ojos de Shirley!

Ahora examinan la cama. Las sábanas están rotas. El personal, que compone el grado más bajo en la jerarquía de los empleados, recibe ropa de cama que ya no puede remendarse. El colchón descuartizado enseña por los desgarrones del cobertor el relleno de crin vegetal. También la almohada, dura como una piedra, asoma curiosa por la funda. El armazón de la estrecha cama, que descansa sobre pequeñas ruedas, está torcido. Shirley tiene que reírse cuando observa esta cama, pero es una risa dura y amarga. En el cuarto sólo puede disponer de una cama y de un apartado en el armario de hierro. La cómoda está reservada a las dos compañeras más mayores: Nanny y Patrizia. Bessie tiene una mecedora, en la que sólo puede acoplarse con gran dificultad. Celestina dispone de una mesita.

Shirley se estremece. ¡Hace seis años que vive aquí!

Debajo de las camas hay densas pelusas. Las cucarachas se pasean a sus anchas por todas partes, a pesar de la claridad. ¡No es extraño! El personal tiene también su propio servicio... ¡pero una mujer limpia cien habitaciones en siete horas! Y ninguna de las moradoras tiene ganas, al volver del trabajo, de poner orden motu proprio en el cuarto. ¿Para qué? Y además hay que andar mendigando escobas y trapos ¿Para qué? Al fin y al cabo, no es más que la sección del personal. Aquí, todo puede estar sucio, aquí todo puede seguir estando asqueroso.

Shirley se incorpora de pronto, cruza los brazos sobre la cabeza y exclama con alegría:

—¡Hoy es el último día! ¡Gracias a Dios! ¡El último día!

Todas la miran asombradas, hasta Patrizia deja de contemplar a los santos y vuelve la cabeza. Celestina, sin embargo, se queda de momento desconcertada. No comprende qué quiere decir Shirley. ¿Tendrá su hija algo que no quiere revelarles? ¿Le ocultará alguna cosa?

La madre se inclina sobre ella y le exige una contestación.

—Pero, ¿qué es lo que quieres hacer, Shirley? ¿Crees tú que no sé qué llevas muy mal el estar aquí, que yo no te proporcione otra cosa mejor? Pues ya puedes decirme lo que pretendes.

Shirley ya está arrepentida de haber dicho nada. Se había propuesto firmemente callar. Pero, de ahora en adelante, nadie le sacará una palabra más.

—Lo dije así, sin pensar.

No por eso se disipa la desconfianza de Celestina, pero tampoco quiere seguir preguntando. Por su parte, Patrizia hace señas a Celestina con los ojos, mientras sigue mascullando sus oraciones. Sus ojos miran de reojo por debajo de la cama de Shirley. Parece que sabe algo más que la madre.

Celestina sigue su mirada y descubre también una caja de cartón. La saca rápidamente, antes de que Shirley pueda impedirlo, la abre y ve dentro un vestido de noche, recamado de lentejuelas; zapatos dorados y una fotografía, en la que Shirley aparece sonriente, con aquel hasta ahora oculto vestido, y del brazo de un joven.

Shirley salta de la cama como un rayo y arranca a fotografía y el vestido de las manos de su madre. Aquel vestido, que por la noche le había parecido una preciosidad, resulta allí, a la luz cruda, mísero, y hasta ridículo; pero pronto tendrá otros que no necesitarán recatarse de la luz del día. ¡Es para reírse de ella con ganas!

Celestina se queda muy pensativa. Aquel joven de la foto le parece conocido; seguramente sea un huésped del hotel. ¿Qué querrá de Shirley?

—¿No hay aquí bastantes hombres de tu misma condición?

Celestina intenta reencontrar la mirada de Shirley. Pero ésta deja vagar la suya, mientras se pasea por el cuarto.

—Pero, ¿es que crees que voy a seguir haciendo con un friegaplatos o un camarero la misma vida que aquí disfruto? ¡Gracias! No estoy todavía trastornada de la cabeza.

Patrizia ha terminado ahora sus oraciones y en un tono como si estuviera todavía rezando, se vuelve a Celestina y dice:

—Tenías que haber visto a tu hija esta madrugada, cómo volvió a casa. ¡Qué buen humor traía! Apuesto que su galán no escatimó el alcohol. Por supuesto, que las chicas que sólo piensan en su bienestar corporal pueden darse una buena vida; pero, ¿qué será luego de su alma?

Shirley se ha vestido ya su traje rosa de trabajo, con el gran cuello blanco: el uniforme, de las muchachas de la lavandería. Sus cabellos oscuros caen suavemente sobre el cuello, su piel es tersa y joven, su figura esbelta. Se planta delante de Patrizia, que tiene una cara como una ciruela pasa, y, al principio, la mira echando chispas por sus negros ojos; pero luego acaba por reír.

—Yo creo que tú tienes ojos en el cogote, pues no se te escapa nada, aunque no haces más que mirar a los santos. Pues te apuesto que yo nunca podré tener tantos pecados como para estar pidiendo perdón por ellos toda la noche. Lo que sois vosotras es unas envidiosas porque nadie os hace caso ya.

Celestina trata de atraer a su lado a Shirley:

—Shirley, ya sabes el caso que yo hago de los chismorreos de Patrizia. Pero, ¿para qué necesitas salir con huéspedes? No aprenderás de ellos nada bueno, no hacen más que reírse de ti, sin que tú te des cuenta. Seguro que se te ha mentado un tontería en la cabeza.

Shirley se tapa los oídos con los dedos.

—Todas las chicas salen cuando se las invita... También queremos disfrutar algo de la vida. ¿Cómo voy a resistir yo tanto tiempo aquí, metida entre cuatro viejas? ¡Dejadme, que sé lo que me hago! Quiero salir de esta mugre. Lo quiero, y lo lograré.

Celestina insiste.

—Sólo quiero saber qué es lo que te propones.

Pero Shirley se está dando una crema en la cara, se empolva y se pinta los labios, mientras sostiene delante de su cara un espejito medio deslustrado. Y cuando Ingrid, la pequeña doncella sueca, que trabaja con Celestina en el mismo piso, entra en el cuarto, pone cara de contento:

—Hoy trabajas en mi sección, Celestina.

Ingrid lleva poco tiempo en América, y busca calor como un animalito abandonado.

—Ven acá, Ingrid, que te voy a enseñar cómo hay que pintarse—exclama Shirley—. ¿No te has pintado nunca? ¿Quieres que todo el mundo se dé cuenta enseguida de que eres una emigrante? Te voy a poner guapa. Es cosa de un instante. ¿Te invitan a menudo los huéspedes? Estas viejas damas de aquí se enfadan cuando las chicas nos vamos a bailar. ¿Qué te dicen a ti los señores?

—Muchas veces, no les entiendo, porque hablan tan de prisa, y me quedo ahí como una tonta. Pero ahora voy a la escuela nocturna, y estudio inglés.

La campana de la sección del personal femenino repica ruidosa. Es la señal de que hay que hacer desaparecer por completo cualquier pensamiento que atañe a la vida privada.